

## **Editorial: La literatura no es un algoritmo**

En un mundo donde las tecnologías avanzan a pasos agigantados, la inteligencia artificial (IA) ha irrumpido con fuerza en campos que antes parecían ser exclusivamente humanos. Entre ellos, la traducción literaria, un arte que trasciende la mera transferencia de palabras de un idioma a otro, se ha visto particularmente impactada. ¿Hasta dónde estamos dispuestos a ceder frente a las promesas de inmediatez y economía de estas herramientas?

La traducción literaria no es un proceso técnico que pueda ser reducido a fórmulas o reglas gramaticales. Es un oficio artesanal que exige sensibilidad, profundidad y comprensión no solo del texto, sino también de los matices culturales y emocionales que lo sustentan. Un traductor literario humano no solo traduce palabras; interpreta, dialoga con el autor, y crea una nueva obra que respeta la esencia del original mientras cobra vida en otro idioma. La IA, en su estado actual, carece de la capacidad de captar ironías sutiles, referencias históricas complejas o el ritmo único de una prosa trabajada a conciencia.

Sin embargo, lo que resulta más alarmante no es el uso de IA como herramienta auxiliar, sino las prácticas editoriales que han comenzado a apoyarse en estas tecnologías para abaratar costos y acortar tiempos de producción, dejando de lado la calidad y el respeto por la literatura. Se multiplican los casos de editoriales que lanzan traducciones mediocres, producidas o "mejoradas" por IA, con mínimas revisiones humanas, a un mercado saturado de consumidores que pocas veces sospechan del origen de lo que están leyendo. El resultado es una literatura descuidada, empobrecida, casi desechable, que va en contra del propósito esencial de las letras: iluminar la experiencia humana.

Este fenómeno no solo amenaza a los traductores profesionales, cuyos ingresos y reconocimiento están siendo erosionados, sino también a los lectores. ¿Qué ocurre cuando nuestras bibliotecas se llenan de libros que, en lugar de inspirar y provocar reflexión, han sido creados o modificados como meros productos de consumo rápido? Estamos ante el riesgo de una industria literaria que valore más la cantidad que la calidad, sacrificando el alma de la literatura en favor de algoritmos que nunca han sentido amor, pérdida o la belleza de un verso.

Es fundamental recordar que el verdadero progreso no consiste en delegar todos los aspectos creativos a las máquinas, sino en usarlas para potenciar, no sustituir, el genio humano. Y también es nuestro deber como lectores y profesionales de las letras exigir transparencia en los procesos editoriales y defender a quienes se dedican con pasión y compromiso al arte de traducir y escribir.

En este número de nuestra revista, rendimos homenaje a la labor del traductor literario, un mediador cultural que no puede ser reemplazado por líneas de código. Exploramos casos inspiradores, reflexiones teóricas y ejemplos prácticos que nos muestran por qué la traducción sigue siendo, y debe seguir siendo, un arte profundamente humano.

Porque la literatura no es un algoritmo, ni debe serlo jamás.